

No Quedara ni una Pezuña



Guillermo Carvosso (1750-1834)

Éxodo 10:26

Guillermo Carvosso había visto la conversión de toda su familia, menos una hija, y apenado por la pérdida, buscó consejos de un siervo del Señor quien le dijo:

“Hermano, ¿por qué no reclamas una promesa del Señor?”

“No entiendo lo que quiere decir con eso”, contestó.

“La Biblia está llena de promesas, y algunas tratan precisamente del caso tuyo. Agarra una de ellas y te apoderas de ella. Recuéstate sobre ella de manera que Dios mismo sepa que tu confianza está en Él”.

“Lo voy a hacer”, dijo el padre. Los dos se separaron y Guillermo levantó su vista hacia Dios, y le inundaron su corazón las palabras: “No quedará ni una pezuña”. Bastó.

Durante diez días no se notó ningún cambio en la hija inconversa, pero aquel día mientras el padre araba en el campo cerca de la casa, le llegó un mensaje de parte de su esposa: “Apúrate en venir a casa. Parece que nuestra hija está al punto de muerte”.

Él comprendió todo y al entrar en la casa preguntó: “Hija, ¿qué te pasa?”

Angustiada, ella exclamó: “¡Oh, Papá, ore por mí porque creo que estoy perdida!”

A poco tiempo puso su fe en Cristo y tuvo la seguridad de su salvación. El padre le dijo: “Ahora, hija, cuéntame lo que te ha pasado”.

“La única cosa que sé”, respondió la niña, “es que el domingo en la noche, hace diez días, un poco antes de que tu vinieras del culto, grande pena llenó mi corazón y no he logrado librarme de ella. Desde aquel momento he estado muy angustiada”.

“Yo si lo comprendo” dijo el padre. “Aquella misma noche yo reclamé la promesa que te ha movido a ti.